

LA GRANDEZA DEL LLANO

Roberto García Bonilla*

El 30 junio de 1945 la revista *América* publica el primer texto que se conoce de Juan Rulfo (1917-1986): el relato "La vida no es muy seria en sus cosas". Así se inicia, editorialmente, una de las carreras literarias más extrañas y sorprendentes de la literatura hispanoamericana. Pero su gestación como escritor comienza en el verano de 1932, cuando abandona el orfanatorio Luis Silva de Guadalajara; regresa a San Gabriel y se dedica a leer febrilmente. Dormía poco. Al concluir el sexto grado había intentado ingresar a la Universidad de Guadalajara, pero una larga huelga —que según el propio escritor se prolongó por tres años— lo llevó al Seminario Conciliar de San José de la arquidiócesis de Guadalajara. El escritor señaló: "No me

gusta el seminario, no quiero ser padre, pero me voy porque quiero recorrer el mundo". Dos años más tarde terminan sus aspiraciones eclesiásticas. Rulfo vuelve a San Gabriel y Apulco, donde leía hasta el amanecer. Esperanza Paz, viuda de Severiano Pérez —hermano mayor del escritor—, recuerda que estuvo unos nueve meses y "se la pasaba en la noche escribiendo, leyendo, fumando y tomando su taza de café". Además de literatura, Rulfo lee historia y practica el alpinismo; toma fotografías con una cámara *Agfa* de cajoncito. Incluso gana la carrera anual de ascenso al cerro —señala Juan Antonio Ascencio, biógrafo del escritor— situado a espaldas del Santuario de San Gabriel.

Rulfo —cuyo nombre consignado en el acta de nacimiento es Juan Nepomuceno Carlos Pérez Vizcaíno— ha definido su vocación literaria a los 17 años. En 1933 realiza su primer viaje a la ciudad de México, y vuelve entre el verano y otoño de 1935; persuadido por su tío, el coronel David Pérez Rulfo, ingresa al Colegio Militar. El compositor Blas Galindo, su amigo y coetáneo, recuerda: "Una vez, ya de joven, regresó vestido de militar; traía su espadín y todo eso...". Pocas semanas después deserta. La presencia indeleble de la violencia de la guerra cristera, pero sobre todo del asesinato de su padre a manos de un peón, fueron motivos que lo alejaron de la milicia. En diciembre de ese año el subsecretario de Guerra y Marina, general Manuel Ávila Camacho, recomienda al joven Pérez Vizcaíno con el jefe de Migración de Gobernación: al mes siguiente, el futuro escritor recibe su primer nombramiento en esta secretaría, como "Oficial Quinto". Al mismo tiempo intenta estudiar leyes en San

Ildefonso. No lo consigue. Tampoco puede ingresar como alumno a Filosofía y Letras de la UNAM, que está en Mascarones. Asiste como oyente a ambas carreras. Sus certificados académicos son insuficientes y no son válidos los estudios del seminario.

Son tiempos de grandes proyectos para el joven jalisciense, aunque no los comparte con nadie; la timidez y una sombra de pesadumbre siempre lo persiguieron. La austeridad y una salud frágil signaron estos primeros años de Rulfo en Gobernación en cuyas oficinas empezó a escribir esa novela fallida, *El Hijo del Desaliento*, de la cual sólo quedó el fragmento "Un pedazo de noche" (publicado en 1959, pero fechado en 1940).

En Gobernación, el joven de Apulco conoce a Efrén Hernández (1904-1958) que se convertirá en el único lector de sus borradores. Se ha repetido que el autor de *Tachas* sacó del basurero textos que ahora son clásicos; el mismo Hernández anota en el número 55 de la revista *América* (con el seudónimo de *Till Ealling*), de febrero de 1948: "Nadie supiera nada acerca de sus inéditos empeños, si yo no, un día, pienso que por ventura, adivinara en su traza exter-

* Maestro en Letras mexicanas por la FFYL de la UNAM. En 2002 publicó *Visiones sonoras*, (Conaculta y Siglo XXI)

na algo de lo que delataba; y no lo instara hasta con terquedad, primero, a que me confesase su vocación, enseguida, a que mostrara sus trabajos y a la postre, a no seguir destruyendo. Sin mí, lo apunto con satisfacción, 'la Cuesta de las Comadres', habría ido a parar al cesto. No obsta, la ofrezco como ejemplo. Inmediatamente se verá que no es mucho lo que dentro del género se ha dado en nuestras letras de tan sincero aliento".

Durante los años en que Rulfo laboró en Gobernación (1936-1946) —en medio de muchos cambios de adscripción y no pocos viajes— se gesta toda su obra y empieza a publicarla en *América* y *Pan*. En junio de 1951 se publica en el número 66 de *América* "¡Diles que no me maten!"; así concluye la serie de cuentos publicados en estas revistas antes de reunirse en *El Llano en llamas*.

La revista *Pan* de Guadalajara —hecha por Juan José Arreola y Antonio Alatorre— en sus ocho meses de existencia le publicó a Rulfo "Nos han dado la tierra" y "Macario" (números 2 y 6, en julio y noviembre de 1945, respectivamente). La relación que el escritor de Apulco tuvo con *América* fue muy sólida; Efrén Hernández lo estimuló y auguró los alcances de su talento. En 1950 *América* publicó en su número 64 (donde apareció "El Llano en llamas") una nota elogiosa sobre Juan Rulfo, "...cuya calidad empiezan a reconocer ya tirios y troyanos, no está conforme con ser considerado el que mejor de los cuentistas jóvenes ha penetrado el corazón del campesino de México. Ahora aspira a realizar una novela grande, con una compleja trama psicológica y un verdadero alarde de dominio de la forma, a la usanza de los maestros norteamericanos contemporáneos. Mientras realiza tal empresa estará imprimiéndose en nuestros talleres un volumen que recoge con algunos nuevos, los cuentos suyos publicados en estas páginas desde hace cuatro años".

A finales de 1952, José Luis Martínez lo lleva con el director del Fondo de Cultura Económica; Arnaldo Orfila Reynal evoca en sus memorias: "Me lo presenta y me dice: éste es un joven escritor que tiene un libro de cuentos muy interesante, *El Llano en llamas*."¹



Rulfo se sentó ahí muy quietito, no hablaba casi nada. Me dejó su libro y se lo publiqué". Aunque ya antes se había quedado un original en *América*. Cuenta Marco Antonio Millán que "cuando Rulfo logró la reunión de sus cuentos, le ofrecimos publicarlos en un libro bajo el sello de *América*. Ya muy avanzado el proceso, recibí una sorpresa: *El Llano en llamas* apareció en una de las más importantes colecciones del Fondo de Cultura Económica. Reclamé a Juan. Él evitó explicaciones. No volvimos a hablarnos en mucho tiempo".

Sergio López Mena señala en su nota filológica sobre la edición *Juan Rulfo. Toda la Obra* (colección Archivos, Unesco/CNCA, 1992) que los cuentos incluidos en *América* suman ocho, aunque el primero, "La vida no es muy seria en sus cosas", no se incluye en *El Llano en llamas*, y añade que este libro contiene en su primera edición —además de los relatos publicados en *Pan* y en *América*— los siguientes: "El hombre" (cuyo título original fue "Donde el río da vueltas"), "En la madrugada", "Luvina", "La noche que lo dejaron solo", "Acuérdate", "No oyes ladrar

los perros", "Paso del Norte" y "Anacleto Morones", nunca publicados antes en periódicos o revistas.

Juan Rulfo señaló a Elena Poniatowska en 1980 que desde la década de los cuarenta "ya tenía yo escritos la mayoría de los cuentos y otros más que nunca aparecieron ni aparecerán jamás porque escribí cerca de cuarenta y cinco cuentos pero los que entregué al Centro Mexicano de Escritores fueron quince cuentos, menos de la mitad". Los textos incluidos en esta primera edición son: "Macario", "Nos han dado la tierra", "la Cuesta de las Comadres", "Es que somos muy pobres", "El hombre", "En la madrugada", "Talpa", "El Llano en llamas", "¡Diles que no me maten!", "Luvina", "La noche que lo dejaron solo", "Acuérdate", "No oyes ladrar los perros", "Paso del Norte", y "Anacleto Morones".

En 1955 se publican "El día del derrumbe" (*México en la Cultura*, núm. 334) y "La herencia de Matilde Arcángel" (*Cuadernos Médicos*, núm. 5); *Metáfora* también lo publica (núm., 4) con el título "La presencia de Matilde Arcángel".

Estos dos cuentos se agregaron a partir de la novena reimpression —de la colección Popular de el Fondo de Cultura Económica— de 1970, edición en la cual se suprimió "Paso del Norte". Este cuento reapareció en la colección Tezontle en 1980 (que coincidió con el Homenaje Nacional que el gobierno mexicano tributó al escritor), aunque se le suprimieron 17 líneas. Antes, en 1977, se publicó en la edición de Biblioteca Ayacucho —preparada por Jorge Ruffinelli— pero en esta edición fueron treinta y una las líneas que desaparecieron, respecto de la primera edición que se acabó de imprimir el 18 de septiembre de 1953 en el número 11 de la colección Letras Mexicanas con viñeta de Elvira Gascón.

López Mena señala que junto al cuento que dio nombre a *El Llano en llamas*, "Paso del Norte" es el

que mayores supresiones ha tenido. Habrá que preguntarse si el texto no le convenció estilísticamente a su autor o si sólo quiso evitar posibles repercusiones políticas. El texto alude a la huelga de los ferrocarrileros. Parte del fragmento suprimido dice:

—Oye, dicen que por Nonoalco necesitan gente pa' la descarga de los trenes.

—¿Y pagan?

—Claro, a dos pesos la arroba [...]

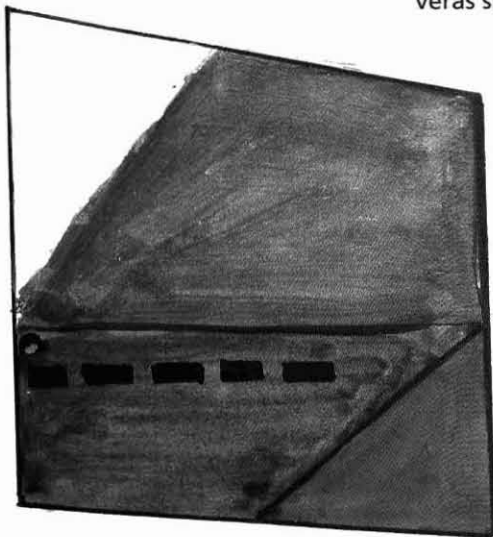
—[...] Resultó conque los había robado y no me pagaron nada y hasta me cusiliaron a los gendarmes.

—Los ferrocarrileros son serios. Es otra cosa. Hay verás si te arriesgas.

—¡Pero cómo no!

—Mañana te espero.

(J. Rulfo, "Paso del Norte", en *El Llano en llamas*, 1953, pág. 146).



Al hablar de los cuentos que más le satisfacían, su autor reveló: "'Luvina' es de mis preferidos; también está 'No oyes ladrar los perros' y 'Diles que no me maten'". Este último, al parecer, es el que más le satisfacía". En 1979, al revisar *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*, Rulfo comentó que desea-

ría dejar fuera "Macario" porque era muy fuerte la presencia de Faulkner en ese cuento.

Los cambios que han tenido los cuentos no han sido pocos: en los manuscritos, en las publicaciones periódicas y, después, en las distintas ediciones del FCE (la más reciente es de 1996, una edición facsimilar de la primera), sin contar las erratas y los cambios de puntuación que los correctores hicieron —particularmente Alí Chumacero— en la primera edición y las reimpressiones sucesivas. Además de todas las variantes de la ediciones extranjeras; por ejemplo, Planeta de España cambió palabras al español peninsular. Las ediciones críticas más conocidas son la de Cátedra (*Letras Hispánicas*, 218, Madrid) hecha

por Carlos Blanco Aguinaga; la de López Mena en *Juan Rulfo. Toda la Obra* (Unesco/CNCA, 1992). Y más recientemente la Fundación Juan Rulfo publicó lo que sus integrantes llaman la edición "definitiva", de Plaza y Janés (del Grupo Random House-Mondadori, que publica en los sellos Sudamérica en América del Sur y Debate para España), de la cual circula profusamente la edición de Biblioteca Escolar (su primera edición es de 2000 y en marzo de 2003 apareció la quinta reimpresión).

Un tema imposible de abarcar en esta páginas es precisamente el de las ediciones definitivas. ¿No es más lógico aceptar como definitiva la última edición que el propio autor revisó? De otro modo, habrá que matizar y distinguir entre una edición definitiva –la última revisada por su autor– y una edición crítica y anotada a partir de documentos, borradores y contextualizaciones. (En este caso, Rulfo partió de un ejemplar de una edición de 1979 y no del "original" mecanografiado entregado a la editorial para su publicación.) Los lectores de Rulfo se enfrentan a un elemento que ha provocado una desmesurada glosa, crítica e interpretación en este autor: la ambigüedad. Volver más *precisa* la ambigüedad en Rulfo es un reto que exige intuición más que deducción y alcanza el enigma (por ejemplo, ¿el nombre del cuento "Luvina" –en su origen Loobina– proviene del pueblo de la Sierra de Juárez descrito; del profesor rural o del recaudador, que –en apariencia– dialogan en la historia?).

El Llano en llamas no tuvo la recepción que tuvo *Pedro Páramo* (1955), pero en ambos casos algunos críticos y comentaristas han dicho que la respuesta de la crítica hacia Rulfo fue inexistente en el primer momento. Es extraño que luego de medio siglo se siga repitiendo esta afirmación. La respuesta de la crítica en *El Llano en llamas* fue más modesta que en el caso de la novela, pero hay suficientes ejemplos que muestran que la colección de cuentos no pasó inadvertida: Francisco Zendejas, Salvador Reyes Nevares, Edmundo Valadés, Alí Chumacero, Arturo Souto, Emmanuel Carballo y Sergio Fernández publicaron sobre Rulfo de noviembre de 1953 a marzo

de 1954. Y hacia 1959 el respeto hacia Rulfo en nuestro medio era total, y su reconocimiento internacional se iniciaba, aunque ciertamente muchos aún no entendían las significaciones de su obra.

El Llano en llamas, además de la preparación de muchos elementos estilísticos, consumados en *Pedro Páramo*, es la muestra de un talento insondable, incluso para el mismo autor; es la evidencia de una perseverancia que se acompañó de una rara intuición: saber llegar con seguridad y cautela al lugar preciso, en el momento exacto. ▀

¹ Desde su aparición en 1953 hasta 1980, antes de la edición de Tezontle, en el cuento que da nombre a la colección, se escribió *llano* con minúscula, es decir como sustantivo. Después se corrigió. Significa que el nombre alude a la región de Jalisco llamada el Llano Grande.

